

TODOS SOMOS DEMÓCRATAS

Humberto Schettino

Rutgers University-Newark

JOHN DUNN,
Setting the people free.
The story of democracy,
Londres, Atlantic Books, 2005

La democracia es hoy la única forma legítima de gobierno. El sustantivo *democracia* y el adjetivo *democrático* son la base del vocabulario político del mundo entero. Aun en aquellos regímenes que no cumplen con las condiciones mínimas para ser considerados democracias —Corea del Norte, Cuba son ejemplos claros—, sus líderes insisten en reclamar para sí el adjetivo. Hoy los programas políticos de cualquier partido *deben* ser democráticos, así como los procedimientos de gobierno. La demanda de democratización llega no sólo a lugares tradicionales como el gobierno o la fábrica, sino hasta la escuela, la familia y las relaciones personales. Todos somos demócratas y casi todo lo que hacemos tiene que ser democrático.

En su más reciente libro John Dunn reconoce el dato obvio del dominio casi total de la noción de democracia sobre el imaginario político mundial y plantea el tipo de preguntas que nadie suele hacer pero que, una vez propuestas, resultan evidentes e iluminadoras. ¿Cómo es que una sola forma de gobierno ha llegado a convertirse en la única opción legítima? ¿Cuál es el significado de «democracia»? ¿Cómo ha cambiado? ¿Podemos llamar democracias a las estructuras de gobierno dominantes hoy en el mundo desarrollado?

Dunn se ha planteado un proyecto muy ambicioso y estas preguntas son sólo parte de la estructura central del mismo. El sub-

título del libro es *La historia de la democracia*. No se trata, sin embargo, de una historia tradicional. El libro tiene tres temas fundamentales. En primer lugar, el libro ofrece una historia del significado de la palabra «democracia». En segundo lugar, Dunn ofrece una reflexión acerca de la manera correcta de entender el concepto y, en tercer lugar, un diagnóstico de la situación actual de la democracia presentado a partir del contenido del concepto. Sí, se trata de un libro ambicioso y a veces complicado que requiere una lectura atenta. Afortunadamente, el contenido justifica el esfuerzo.

Dunn traza la historia del significado de «democracia» en lo que para él son sus tres momentos principales: Atenas, la revolución de Independencia de los EE.UU. y la Revolución Francesa y, finalmente, la situación posterior a la Segunda Guerra Mundial. Para Dunn la democracia pasó de ser considerada una *mala* forma de gobierno a ser la *única* forma legítima de gobierno, a partir de un par de demandas fundamentales: una es la demanda por una justificación de la legitimidad del poder político que incluya a la voluntad de la mayoría, y la otra es la demanda de igualdad. La democracia terminó por convertirse en la única forma legítima de dominación justo porque la noción involucra tanto la idea de que los gobernados son la fuente de la legitimidad del poder político, como la idea de que todos tienen derecho a participar en el poder político. Para Dunn el triunfo de la democracia tiene que ver más con las ideas que devinieron el contenido del concepto de democracia, que con las instituciones que, de una manera u otra, fueron estableciendo en la

práctica la dominación democrática. Por eso puede decir, por ejemplo, que «Lo que sobrevivió de la democracia antigua, al menos durante los próximos dos mil años, no fue un conjunto de instituciones o técnicas prácticas para llevar a cabo la vida política. Fue un conjunto de ideas [*body of thinking*] que sus creadores ciertamente concibieron... como una ayuda en la comprensión de la política» (p. 39).

Esta historia del significado de la democracia está directamente ligada al segundo tema que Dunn aborda en el libro: la definición del concepto de democracia. Dunn propone dos contenidos básicos para el concepto: democracia como forma de gobierno y democracia como valor político y forma de vida (pp. 17 y 130). Ésta es una de las dos dicotomías que organizan el análisis que Dunn hace de la democracia. Los dos polos de dicotomía han estado, a lo largo del desarrollo de la democracia, en permanente conflicto. La democracia como forma de gobierno responde a los imperativos del ejercicio del poder político y de la organización burocrática. La democracia como valor se refiere a las ideas que han dado preeminencia y vigencia a esta forma de gobierno: el derecho de gobernar viene de los ciudadanos y éstos tienen que participar, de alguna manera, en el ejercicio del poder. Sólo queda claro el argumento de Dunn si relacionamos esta dicotomía con su historia de los cambios del significado de democracia. La democracia, antes que nada, fue concebida originalmente como una forma de gobierno en la que los ciudadanos participaban en todas las decisiones importantes (p. 51). El segundo momento crucial en el desarrollo de la democracia, la época de las revoluciones francesa y norteamericana, es el momento central en la narrativa que Dunn ofrece. Fue entonces cuando se estableció la disputa entre dos concepciones clásicas de la democracia, la representativa y la participativa, con la

victoria definitiva de la primera (p. 79). La democracia se convirtió, usando la frase de Alexander Hamilton, en *democracia representativa*. Es notable, como señala Dunn, que personajes tan distintos como Madison y Hamilton, por un lado, y Maximilien Robespierre, por el otro, compartieran esta definición de la democracia (pp. 119-121).

Este triunfo de la democracia representativa tiene dos consecuencias. La inmediata es que establece la permanencia de la tensión entre la concepción de la democracia como forma de gobierno y la democracia como valor. Hay otra consecuencia, de más largo alcance, relacionada con la segunda dicotomía que organiza la presentación que hace Dunn de la historia de la democracia.

En la parte más controversial de su argumento, Dunn parte del segundo momento crucial, la época de las revoluciones, para establecer otra dicotomía que le permite completar su análisis de la democracia. Dunn encuentra otro enfrentamiento ideológico en el origen de la democracia moderna: el orden de la igualdad *vs.* el orden del egoísmo o, en otras palabras, el impulso justiciero e igualitario de la democracia frente a lo que podríamos llamar el impulso hacia la acumulación. La elección de los términos está justificada en los capítulos 2 y 3, a los que remito al lector interesado. Lo que resulta interesante es el hecho de que, en un análisis cuidadoso del significado de la democracia, el profesor Dunn haya elegido términos tan vagos para su tercer gran principio de análisis. Para Dunn, así como en la revolución norteamericana termina por imponerse un modelo de democracia que, aunque no ha eliminado el impulso igualitario de la «imaginación política» norteamericana, sí ha reducido su eficacia (p. 82), la revolución francesa tuvo como uno de sus ingredientes principales, expuesto en las acciones de Babeuf y en los escritos de Filippo Michele Buonarroti, la

defensa del impulso igualitario como contenido central del concepto de democracia.

La democracia representativa moderna, que funciona dentro de una economía capitalista, está entonces cruzada por dos dicotomías en permanente tensión. Una es la que opone la idea de la democracia como simple forma de gobierno a los valores que le han dado preeminencia y aceptación popular (participación e igualdad); la otra es aquella que opone a la igualdad el egoísmo como principio de organización social de la democracia. Es ahora cuando podemos apreciar la complejidad de la narrativa de Dunn, así como cuán ambicioso (desde el punto de vista teórico) es su proyecto. Hay varias premisas de su argumento, pero una de las más importantes es presentada explícitamente cerca del final del libro: «Si la democracia es simplemente una manera de organizar las relaciones entre comunidades y sus gobiernos, difícilmente puede ser, en sí misma, ocasión de un profundo orgullo» (p. 167). Lo que Dunn desea hacer, a fin de cuentas, es usar la noción de democracia para, antes que nada, entender el proceso político que le ha dado lugar (p. 39). Esto no es posible, sin embargo, dividiendo el conocimiento político, como se suele hacer en la academia contemporánea, en dos partes, una supuestamente científica y otra supuestamente moral (pp. 173-174). Esta separación, producto en parte de la creciente especialización académica, tiene consecuencias negativas tanto para el conocimiento como para la vida ciudadana. De ahí que valga la pena intentar otra forma de aproximarse a la comprensión de la democracia. Si hemos de entender la democracia, entonces tenemos que entender por qué la concepción de la democracia como forma de gobierno tiene preeminencia, cuáles son los valores de la democracia y cuál es el principio de organización social que ha terminado por imponerse a través de proceso político democrático. Para Dunn no pode-

mos entender, cabalmente, la democracia contemporánea si nos limitamos a un análisis de la misma como procedimiento para elegir élites, o si sólo nos concentramos en una justificación de algunos valores. Por eso es crucial trazar la historia de los dos principios de organización social —igualdad y egoísmo— que han sido instrumentales en la construcción del significado de la democracia, decidir cuál se ha impuesto y analizar las consecuencias de su victoria.

Lo que Dunn nos propone, dicho en pocas palabras, es análisis y evaluación. El resultado sólo podría haber sido un libro complejo, de lectura a veces difícil, que muestra el esfuerzo del autor por, al mismo tiempo, utilizar conceptos propios de la filosofía política occidental y salir de ellos, buscando una novedosa y mayor comprensión del concepto (y el proceso) fundamental en la vida política contemporánea.

El esfuerzo que se invierte en la lectura es, al final, ampliamente recompensado y, sin embargo, si algo se le puede reprochar a Dunn, es que uno se queda, sí, con mucha información y con un buen aparato conceptual pero, fundamentalmente, con preguntas. En su intento por evitar las posiciones más simples, Dunn a veces termina por ofrecer solamente escenarios problemáticos. Por ejemplo, en su argumento uno de los procesos que más consecuencias negativas ha tenido ha sido el dominio de la «orden del egoísmo» en la estructura de las democracias contemporáneas. En sus palabras: «El mundo en el que vivimos es un mundo estructurado principalmente por la radicalización e intensificación de las desigualdades» (p. 170). De hecho, «Es gracias a su enorme influencia y a su prioridad práctica perentoria que la orden del egoísmo impide la igualdad. Tolera, y hasta alienta, muchos impulsos particulares hacia la igualdad. Pero, lo que la motiva y, a fin de cuentas, organiza todo el mundo humano, es un principio implacable e invencible de divi-

sión y contraste. Esto es lo que Babeuf vio y odió. Todavía lo podemos ver (y, si queremos, odiar) a día de hoy» (p. 171).

Ante esta toma de posición uno podría pensar que Dunn, como casi cualquier otro intelectual, propondría alguna solución. Y, sin embargo, lo que nos ofrece es: el reconocimiento de que cada vez que se ha puesto a votación, el principio de igualdad ha sido derrotado (p. 130); un análisis de los enormes obstáculos que suele afrontar una política de reducción absoluta de la desigualdad (p. 143); otro análisis de los límites de la democratización (p. 169); y un comentario, un poco al pasar, sobre los límites del proyecto de la democracia deliberativa y del referéndum (pp. 176-178).

Por ello, prefiero cerrar la reseña de este excelente libro, que merece ser leído con cuidado, con un párrafo que muestra tanto el tono como las principales preguntas que Dunn plantea:

Llegados a este punto el triunfo ideológico de la democracia parece extraordinariamente completo. [...] Ya no enfrenta a rivales en cuanto a

la manera en que la autoridad política debe ser estructurada, o quién tiene derecho a evaluar si la autoridad descansa, o no, en las manos correctas. [...] Este extraño resultado deja muchas preguntas abiertas. ¿Es aún correcto, en esta avanzada etapa, pensar la democracia primariamente como una forma de gobierno? Si es así, ¿exactamente cuál forma de gobierno y por qué? O, ¿es más apropiado pensarla como un valor político, encarnado de manera muy imperfecta en alguna de las formas de gobierno actuales y quizá incompatible con muchos aspectos obvios de la forma de gobierno a la que muchos de nosotros aplicamos el nombre? Si la vemos primariamente como un valor político, como un estándar de conducta pública o elección política al que las formas de gobierno idealmente deban compararse, ¿deberíamos reconocer en ella, como lo hizo Tocqueville, toda una forma de vida, social, cultural y hasta económica, tanto como simplemente política? ¿Puede haber política verdaderamente democrática (para bien y para mal), sin democratizar todos los demás aspectos de la vida social, cultural y económica? [p. 162].

Muchas preguntas que merecen ser pensadas: un buen lugar para empezar es el nuevo libro que John Dunn nos ofrece.